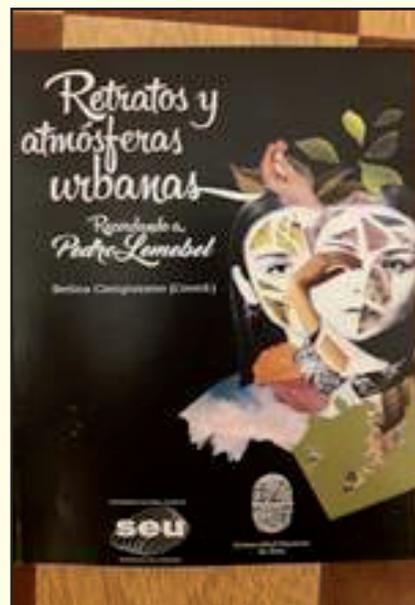


# Palabra clave: crónicas

## Retratos y atmósferas urbanas. Recordando a Pedro Lemebel

Geruza Queiróz Coutinho  
Universidad Nacional de Salta  
Salta, Argentina  
portuguessalta@hotmail.com



Campuzano, B. (Coord.) (et ali.) (2016). Retratos y atmósferas urbanas. Recordando a Pedro Lemebel. Salta, Argentina, Secretaría de Extensión Universitaria. Universidad Nacional de Salta, 100 p. ISBN 978-987-633-507-2

1 "De crónicas y ciudades: la tibia garra testimonial". Encuentro internacional de cronistas latinoamericanos, julio 2017, organizado por las cátedras de literatura Hispanoamericana de la Universidad Nacional de Salta, Sede Central y Sede regional Tartagal y la Cátedra Literatura Latinoamericana de la Universidad Nacional de Jujuy

Me las guardaba en el cajón en modo recorte de diario que luego, amarillento, retornaba a la lectura. Una y otra vez. La vida trató de darles destinos que yo no controlé y que internet tampoco colaboró en eso de ubicarlas, en medio de un abrupto nostálgico devenido en búsqueda. Leí principalmente crónicas brasileñas, ah, las crónicas brasileñas, qué delicia leerlas en la página sábana, en el catamarán Rio-Niteroi, en la playa o en la escalera de mi casa-sobrado (casa de altos), a mí, chica provinciana, que vivía del otro lado de la Bahía de Guanabara. Pero la vida me ha traído a estas tierras norteñas de Argentina y muy pero muy pronto, aquí, me pregunté sobre el "cómo es" de la crónica salteña... Transité años, culturas, lecturas, historias de vida y casi siempre (siempre hay nobles excepciones) me vi en búsqueda de la crónica salteña. En el trayecto conocí la literatura argentina y en especial la salteña, autores como Roberto Arlt (lo robaría para el seleccionado brasileño de cronistas si no fuera esa sensación de vivenciar la vida porteña de conventillos, tangos y lunfardo que retrató el buen mozo) y en el ámbito local, leí y leo a Manuel J. Castilla, poeta también cronista, una y otra vez. Me alegré al leer artículos costumbristas en hojas periodísticas del siglo XIX que me aliviaban la saudade de las crónicas de mi pago. Luego, es de nuevo la vida que me lanza a otros intereses, es el sino del extranjero, la cultura del pago se va alejando. Eso sí, queda latente que está guardada en alguna cajita de joyas y recuerdos.

Y no es que el mismo devenir ha puesto ahora en mis manos un simpático libro que cabe en la cartera de la dama y casi casi en el bolsillo del caballero... Con esta publicación ocurrió lo que siempre me hace retornar al país del pasado: leí crónicas, ufa, ¡las devoré! y les cuento... abrí la edición y me di con..., a ver cómo explico..., con una cadenita adornada con colores y tierra salteña que, artesanalmente elaborada, se entrama con el collar de perlas y cicatrices confeccionado por Lemebel, linda imagen que recupera Betina Campuzano en la *Entrada* del libro. Un aspecto de baratija, a precios módicos, ofrece la aventura más apetecible a esta *flâneuse* servidora de ustedes, la loable tarea de descubrir tesoros. Yo, ya con los anteojos de lectura que solicitan los años, volví a aquella sensación rica de leer crónica, como en mi adolescencia y juventud. Me dio ganas de recortarlas y guardarlas nuevamente en cajón pero – oh sorpresa – me percaté que el librito todo puede entrar en el cajón y que la costura editorial ya rompió hojas e hizo armados, montando el libro manualmente (eso porque ya usé la palabra artesanalmente con anterioridad...), entre tijeras, plasticola, cinta papel, fotografías y testimonios. Aquella edición, pegada con saliva y palabras, debe estar en algún cofre de gente que, como yo y sospecho que como usted que lee esta reseña, creemos que el relato vale más que la plata. O en la casa de la docente, porque me consta que allí hubo mateadas y comidillas mientras, en medio de clases académicas y serias por cierto, se organizaba el congreso en homenaje a Pedro Lemebel en junio de 2016 (aquél de nombre raro que habla de una tibia garra...<sup>1</sup>).



Ahora bien, hay un gustito extra en mi lectura y les voy a contar... pero si usted prefiere puede saltar el presente párrafo, al mejor estilo Machado de Asís, y continuar con el que sigue abajo donde comentaré sobre Lemebel y otras yerbas, antes de finalizar esta reseña. Si usted aquí sigue, le cuento que son quince crónicas realizadas por estudiantes de Letras de la Universidad Nacional de Salta, catorce chicas y un chico de apellido Formoso (¿no es hermoso?). Esto no es un dato menor en momentos en los que – todavía – se plantea el lugar de la escritura femenina en este y en otros parajes. Asimismo hay un sabor especial en estas crónicas que saben a empanadas salteñas con picante sabiamente preparado para picar con la sutileza de la cultura salteña, ni poco ni mucho, evitando empañar la

ricura de la empanada. Es el gusto de percibir la mirada salteña joven de chic@s que viajan entre los barrios y pueblos en colectivos SAETA y que *cronicán* sobre su gente, sus anhelos y creencias, sus formas de hablar y algunas veces hasta la incorporación de términos en lenguas ancestrales. También sus amores, sus prácticas ciudadanas y sus peñas, también sobre su ancestralidad y sus cuerpos. Y su orfandad. Y su errancia. El ritmo de la narrativa es un ritmo propio y acorde a la manera en la que se vive el tiempo salteño, despacito, como se canta (y para recordar que eso es Latinoamérica, estimado lector, apreciada lectora). Ahora sí, al siguiente párrafo.

Pedro Lemebel (1952-2015) viene del mundo de la radio y de la noche de Santiago de Chile, ámbitos

que se unen en donde se registra, se entiende y se atiende a la soledad. El relato allí es un relato diverso al que se socializa alrededor de un fogón o de la mesa familiar, para hablar de los más tradicionales. Un relato que ratifica esa ancestralidad, es su búsqueda en medio de la modernidad, es su resquicio. En la voz trans del trans, nuestras vicisitudes se hacen presentes. Y la crónica, la que algunos todavía consideran la prima pobre de la literatura, nos enseña el camino de su universalidad. Ella es como la moza fea a la que alude Chico Buarque de Hollanda en la canción A banda. Piensa que la banda toca para ella y escuchando los acordes se siente bella y es bella. En la dialéctica de esta imagen, la crónica también sigue el ritmo de la banda desobediente que da vuelta a la plaza del pueblo. La seguimos.